

fensa, y esta accion generosa de gratitud hácia su maestro hizo que los comisarios, no solo perdonasen las estatuas del valiente, sino que diesen á Polibio las de Arato y Aqueo, fundadores de la nacion. Cuando despues se pusieron á pública licitacion los bienes de los que habian insultado á los embajadores romanos, los comisarios dejaron al arbitrio del historiador elegir lo que quisiese entre los despojos de Dico; pero aquel rechazó la oferta, diciendo que era indecoroso enriquecerse á costa de las desgracias de sus conciudadanos. Su desinterés agradó tanto, que lo eligieron para establecer el nuevo gobierno en las ciudades conquistadas, cargo que desempeñó con la posible humanidad, por lo cual se le erigieron diversas estatuas, y una de ellas tenia la inscripcion siguiente: *En memoria de Polibio, que si hubiera sido escuchado, habria salvado con sus consejos á la Acaya, y que en la desventura la consoló* (1).

Siria,
Antio-
co Eu-
pator.
164.

Veamos ahora cuál fué la suerte de los demas pueblos dominados por Alejandro. Antiocho IV, que murió en su marcha á Babilonia, dejó un solo hijo, Antiocho, de nueve años, bajo la tutela de su favorito Filipo. Pero al llegar este á Antioquia á encargarse de su comision, halló que Lisias le habia ganado por la mano; y entre los dos principió una contienda que por muchos años empeoró la condicion de los Seleúcidas. Al mismo tiempo, Demetrio, hijo de Seléuco Filopator, que desde la muerte de su padre habia permanecido tranquilo en Roma, hizo presente al Senado sus derechos, y cuánto importaba á la Siria no tener un rey niño. El Senado examinó el caso; pero prevaleció la opinion de los que tenian por mas conveniente para Roma conservar en el trono á una persona precisada á vivir en continua dependencia. Por consiguiente, se nombraron tres tutores para el rey de Siria, como se habia hecho con el de Egipto. Si el objeto del Senado romano no hubiese sido ya bien claro, lo habria puesto en evidencia la orden que dió á dichos tutores para que quemasen todas las naves de cierto tamaño y cortasen los colmillos á todos los elefantes (2).

Mientras que Lisias hacia la guerra á los Macabeos, Filipo, de regreso de Egipto, ocupaba á Antioquia, aspirando á la regencia. Lisias lo expulsó; pero entonces con gran sorpresa suya vió llegar diputados de Roma, ni solicitados, ni deseados, con la pretension de que se les entregase la suprema autoridad. Desdeñando Octavio, jefe de la diputacion, la escolta que le ofrecia Ariarato, rey de Capadocia, y creyendo que bastaba el nombre de Roma, se adelantó sin dar siquiera aviso al regente; pero este envió á su encuentro á un Africano que lo mató.

Calcúlese si el Senado se mostraria ofendido. Esperando Demetrio que aquella fuese una ocasion oportuna para hacer valer sus derechos, se aconsejó con el historiador Polibio, que le dijo:

(1) V. PAUSANIAS en *Achaie*. — POLIBIO, *Excerpt*.

(2) JUSTINO XXXIV, 3. POLIBIO, *Legacion*. — APIANO en *Siriac*.

¿Qué necesidad tiene un príncipe como tú de someterse como un niño á la voluntad de un Senado de hombres ambiciosos é injustos? Rompe tus cadenas y serás rey.

Demetrio no obstante, dando oídos á mas prudente parecer, pidió al Senado que le concediese el permiso para pasar á Siria; pero aquella asamblea desestimó su demanda á pesar de cuantas razones le expuso Demetrio, comprendiendo bien que siendo este rey, no podria Roma manejar á su gusto la Siria. Demetrio entonces huyó en una nave que los Cartagineses expedian cargada de ofrendas á los dioses de Tiro; llegó á su país, donde fué proclamado rey; y Lisias y Eupator murieron en el cadalso. Aun cuando protestaba Demetrio que no ejercia su autoridad sino en nombre de la república romana, esta alimentaba grandes sospechas y enviaba agentes á vigilarlo; pero ó satisfecha de su conducta, ó mas bien, porque no le convenia romper con él, lo reconoció por rey.

Demetrio emancipó á los Babilonios de la servidumbre de Timarco y Heráclides, hechuras de Antiocho Epifanes, por lo cual obtuvo el sobrenombre de *Soter* ó *Salvador*. Ansioso de batallas, primero hizo la guerra á los Hebreos; pero habiendo desistido, acaso por órdenes de Roma, cuya alianza habian pedido aquellos, atacó á Ariarato, rey de Capadocia, por favorecer á Oroférnes que pretendia aquella corona.

Es de advertir que Ariarato V, padre de Oroférnes, habia contraido matrimonio con Antióquida, hija de Antiocho el Grande, y que esta creyéndose estéril y temiendo perder el afecto de su marido, supuso dos hijos, que aquel recibió como si fuesen suyos. Pero despues, habiendo parido Antióquida verdaderamente, por amor á su hijo que era precisamente el Ariarato de quien vamos hablando, reveló todo el caso á su marido, el cual relegó á países extranjeros á los dos hijos supuestos. Uno de ellos se resignó al destierro; pero el otro, Oroférnes, buscó el apoyo de Demetrio, que irritado porque Ariarato habia rechazado su alianza, lo sostuvo y consiguió colocarlo en el trono de Capadocia. Hízose con esto enemigo de los reyes de Egipto y de Pérgamo, y por otra parte llegó á disgustar á sus súbditos, entregándose á excesos y vicios. Formóse por tanto una conjuracion, favorecida por el rey de Pérgamo, Atalo, por Filometor de Egipto, y por Ariarato que habia recobrado la Capadocia; mientras que el Senado romano continuaba mirando con recelo á un rey que no le debia la corona.

Creyó poder sacar partido de esta contienda aquel Heráclides que, segun hemos dicho, fué arrojado del gobierno de la Babilonia. Refugiado en Ródas, educó á un jóven de bajo nacimiento para que se fingiese hijo de Antiocho Epifanes; y despues lo presentó á los tres reyes y al Senado romano. El Senado aprovechó la ocasion de humillar á Demetrio; y aun cuando esta asamblea y toda Roma, como afirma Polibio, lo miraban como un impostor, se declaró

Demetrio
Soter

162.

formalmente que se le permitia hacer valer sus derechos á la sucesion paterna.

Provisto de esta declaracion, llegó á Siria: y sostenido por tropas de Egipto, de Capadocia y de Pérgamo, ocupó á Tolemáida, reunió en torno suyo á los muchos descontentos; y la solicitud con que Bala y Demetrio pidieron la amistad de la pequeña Judea, muestra cuán abatido estaba el país. Abandonado Demetrio de los Romanos y de sus súbditos, despues de haber dejado á sus hijos en lugar seguro, presentó batalla campal á su adversario, y quedó vencido y muerto.

Hállandose de esta suerte Bala señor de la Siria, trató de legitimar la usurpacion, uniéndose en matrimonio con Cleopatra, hija de Tolomeo Filometor; pero no conoció que el mejor fundamento de los reinados es el amor de los súbditos. Abandonóse á la gula y la lujuria aun mas que Demetrio, y facilitó al único hijo de éste el modo de recobrar la diadema. Teniendo noticia de la deserccion de muchos súbditos, intentó oponerse á ella con las armas, esperando auxilio de Tolomeo; pero este habia sido ganado por Demetrio, á quien dió por fin á su hija en matrimonio, quitándosela al usurpador. Se dió la batalla, y herido Filometor, al oír que Bala habia sido derrotado, y al ver su sangrienta cabeza, experimentó tal sensacion de contento, que murió en el acto.

Quizá al socorrer á Demetrio solo se proponia obtener ventajas para sí ó á lo ménos recuperar la Celesiria y la Fenicia; pero con su muerte dejó á Demetrio por único señor. ¡Cuán débil es una ciudad donde con tanta facilidad pueden cambiarse las dinastías! Demetrio no supo conservar su posicion mejor que sus antecesores; y en su negligencia abandonó las riendas del gobierno en manos de Lasténes, que ejerció la tiranía en Siria; hizo matar á todos los Egipcios que Tolomeo habia enviado de guarnicion á las ciudades marítimas; persiguió los que se habian declarado contra su padre, y depositó toda su confianza en los asalariados Cretenses y en los Judíos.

Presentóse en breve un nuevo usurpador, un tal Diodoto, por sobrenombre Trifon, que habia sido muy querido de Bala, y nombrado por éste para el gobierno de Antioquia, cuando cayó su señor, ocupó á Curacesio, fortaleza de la Cilicia, y desde allí dirigia corsarios á robar gente, que despues vendia en Délos á los Romanos. Viendo luego el mal gobierno de Demetrio, excitó en su contra á Antiocho, hijo de Bala y de Cleopatra, y encontró apoyo en los descontentos Sirios. Demetrio invocó la ayuda de Jonatas, sumo pontífice de los Hebreos, con lo cual aquietó á los rebeldes de Antioquia; pero con las proscripciones los irritó, y con su perfidia disgustó á Jonatas, de suerte que Trifon, ya preponderante, lo derrotó, é hizo proclamar rey á Antiocho, llamado Téos ó Dios. Entonces principió la lucha entre los dos pretendientes, agitada con diversa fortuna, pero con la misma inexperien-

Antio-
co
Téos.
143.

cia por una y otra parte, valiéndose de las traiciones que irritan, en lugar de la leal generosidad que concilia.

En el calor de estas disensiones recibió Demetrio mensajes de las colonias griegas del Asia Superior, solicitando que las librase de los Partos, los cuales despues de inundar el Oriente, se habian enseñoreado del país situado entre el Indo y el Eufrates, perteneciente un tiempo á la Siria; y prometiéndole que si se apresuraba á auxiliarlas, le suministrarían tropas para recobrar su antigua herencia, y poder luego con mejores fuerzas combatir á Trifon.

Aceptó Demetrio estas proposiciones; se puso en marcha, y en breve los Elimeos, los Persas y los Bactrianos se acogieron á sus banderas; pero si bien la mayor parte de las veces derrotó á los Partos, despues en una emboscada fué hecho prisionero. Mitrídates, hijo de Priapatio, que mandaba entonces á los Partos, mostrándose tan generoso como esforzado y prudente, llevó al real prisionero por las ciudades que aun le negaban obediencia, á fin de que la humillacion del pretendido libertador las doblegase; y despues le dió la Hircania por residencia, con una grande asignacion, y á su hija Rodoguna por esposa. En aquella cortés prision estuvo Demetrio diez años.

Su mujer Cleopatra se retiró entonces á Seleucia; pero estimulada por los muchos enemigos que el soberbio Trifon, despues de dar muerte á su pupilo, se habia atraído, se casó con Antiocho Sidétes (*Expulsador*), jóven y valiente hermano de su marido, el cual con la alianza de los Judíos quitó á Trifon el reino y la vida, y ocupó tranquilamente el trono. En seguida sujetó las ciudades de Siria que se le habian rebelado, puso en movimiento contra la Partia un ejército que se enriqueció desmesuradamente á fuerza de extorsiones y saqueos: venció en tres batallas á Fraates, nuevo rey de aquellos pueblos; y á excepcion de la Partia, recobró todas las antiguas provincias sirias, cuyos habitantes acudian en tropel á alistarse en sus banderas.

Pero su ejército llevaba en pos de sí un número infinito de mujeres, vivanderas y esclavos, cuya manutencion y lujo gravó con enormes gastos á los países donde se acuartelaba, de tal modo que se organizó una conjuracion para matarlos á todos en el mismo dia. Así se hizo, y Fraates exclamó sobre el cadáver de Antiocho: *El vino y la ciega confianza aceleraron tu muerte. ¿Creías acaso que era posible poner el reino de Arsáces en una de tus anchas copas y tragártelo* (1)?

Fraates en su derrota habia pensado poner en libertad á Demetrio, que no llevaba á bien que su hermano le hubiese usurpado el reino y la mujer, y enviarlo á sublevar la Siria, con el objeto de obligar á Antiocho á regresar á su país; pero cuando cambió la fortuna no volvió á pen-

(1) Posidonio de Apamea, en *ATENEO* 1, 12.

Prision
de Dy-
metra
140.

Antio-
co Si-
détes.
143.

152

153

sar en tal proyecto, si bien Demetrio logró fugarse y robar el cetro. Fraates acudia para sujetarlo, cuando los Escitas lo obligaron á proveer á la defensa de su propio reino.

125. La desventura no habia madurado el juicio de Demetrio, y en vez de consolidar su débil dominio, se mezcló en las discordias civiles de Egipto. Cleopatra, repudiada por Tolomeo Fison, lo llamó para vengarla, prometiéndole la corona. Acudió en efecto al llamamiento y puso sitio á Pelusio: pero Fison lo obligó á regresar en breve á sus Estados, sublevando en su contra á Alejandro Zebina, que diciéndose hijo de Bala, pretendia la corona. Derrotado Demetrio por éste cerca de Damasco, se refugió en Tiro, donde un traidor lo hizo matar; despues de su muerte se dividió el reino entre Cleopatra, su mujer, y Alejandro Zebina.

Hemos traspasado los limites de esta época para llegar al fin de un imperio ántes tan poderoso; y decimos al fin, porque los Partos habian ocupado el Asia Superior hasta el Eufrates; los Hebreos se habian emancipado de toda dependencia, de suerte que aquel reino se limitaba á la Siria propiamente dicha y á la Fenicia; y desde este momento la historia de los Seleúcidas ya no presenta mas que una horrible alternativa de guerras civiles, cuestiones domésticas y enormes crueldades. Los Romanos veian con placer este reciproco laceramiento, que aproximaba para ellos el instante de extender la mano tambien sobre aquel reino, y convertirlo en una nueva provincia.

CAPÍTULO XVI

Tercera guerra púnica.

Ensoberbecida Roma con haber triunfado de tantos enemigos, no encontraba ya á quién dominar mas que á su rival Cartago. Se habia ajustado la paz entre ambas repúblicas; pero el sistema general de la política romana requería guerra, y para ella le ofrecian fácil pretexto las quejas que por una y otra parte continuaban; porque haciendo sentir Roma á Cartago toda la maldicion del *vae victis*, le imponia cada vez nuevas humillaciones; la ofendia, y se quejaba como es costumbre entre los fuertes. Cartago desarmada se afanaba en vano buscando proteccion entre sus vencedores, é invocando la justicia de un pueblo, que no conocia otra sino la del interes.

Masinisa. Masinisa, rey de Numidia, padre de cuarenta y cuatro hijos, anciano feroz é inquieto, á quien la muerte parecia respetar para desgracia de Cartago, iba aumentando su poder en menoscabo de esta. Astuto en los consejos, esparcía gérmenes de discordia entre ambas repúblicas: acusó á Cartago de haber dado auxilio á Anibal, y Cartago, para mostrar su inocencia, envió naves que persiguiesen á su general, confiscó sus bienes, destruyó su casa, y reveló al Senado una comision que habia dado aquel á

Ariston. Despues Masinisa afirmó que los Cartagineses habian entablado relaciones con Perseo para ligarse con él; y los embajadores enviados de Roma descubrieron que el Sanedrín cartagines habia recibido de noche, en el templo de Esculapio, á los mensajeros del rey macedonio. Luego que el Númda excitó en Roma todos estos recelos contra su rival, ocupó á Emporio, país marítimo inmediato á la pequeña Sirte, y cuando los Cartagineses reclamaron, los legados enviados de Roma para averiguar el hecho, dieron la razon á Masinisa. Poco despues invadió este otra provincia, y en seguida otra: enviado Escipion Africano á terminar las diferencias, no quiso por la justicia disgustar al aliado; y aunque en el año 181 Roma prometia conservar la integridad de su territorio á los Cartagineses, no se pasó mucho tiempo sin que el Númda ocupase otra provincia, y setenta ciudades ó aldeas, sin que Roma hiciera nada para estorbarlo.

En la guerra contra Perseo, Masinisa auxilió á los Romanos, y fué recompensado; los Cartagineses ofrecieron hombres, naves y vituallas, y esto se consideró como un acto de pavor y envilecimiento. Temiendo sin embargo que desesperados se uniesen á los Macedonios, expidió Roma al censor Caton á componer las diferencias; pero se presentó tan parcial é inflexible, que los Cartagineses recusaron su arbitraje. No olvidó aquel severo y orgulloso censor la afrenta; y ya por esto, ya por celos de los Escipiones, á quienes veía preponderar en el Senado, no cesaba de aconsejar la destruccion de Cartago. Los Escipiones, ó porque gozasen dejando subsistir aquel vivo trofeo de su gloria, ó porque temiesen, como decian, que Roma se debilitara al cesar el apremiante peligro, se oponian á la ruina de la ciudad rival: el censor, por el contrario, se esforzaba en convencer á sus conciudadanos del riesgo que ofrecian la corta distancia y la creciente poblacion de Cartago, y en todos los discursos que pronunciaba en el Senado, fuese cualquiera el asunto, concluía siempre diciendo: *Opino ademas que se debe destruir á Cartago.*

Quien conociese á Roma podia prever que habia de tomarse al fin un partido violento, tanto mas cuanto que la ciudad fenicia iba preparando con sus manos los triunfos de su rival. Aquí debemos detenemos un poco á meditar sobre la decadencia de aquel Estado, porque la caída de las repúblicas instruye mucho mas que la de los imperios. Estos algunas veces se arruinan ó se mantienen por efecto de las virtudes ó errores personales, del carácter ó habilidad de una persona reinante; pero la prosperidad ó decadencia de las repúblicas nace de causas mas generales y profundas.

Cartago, tan grande, y arruinada en tiempos de tanta luz, llama particularmente nuestra atencion; pero la falta de historiadores nacionales nos precisa á inquirir en otra parte las noticias de la memorable catástrofe. Atento solo

199.

Ven-
lidad.
de los
cargos.

Tito Livio á la pomposa apariencia y á ensalzar á Roma, poco ó casi nada estudia la constitucion interior de la ciudad enemiga. Bajo este aspecto le supera Polibio, que contemporáneo y adicto á los Escipiones, pudo examinarla á fondo; pero ofuscado tambien por la grandeza se complace en admirar á Cartago, mientras rivaliza con Roma; y despues apenas menciona el intervalo transcurrido entre la guerra de los mercenarios y el principio de la tercera púnica. De Diodoro no restan mas que fragmentos, pero preciosos, y que confrontados con Apiano nos descubren el mal de aquella república (1).

El engrandecimiento de Roma y los celos contra la familia de Barca no bastan ni con mucho para explicar la debilidad de Cartago; la causa de esta debilidad es preciso buscarla en su misma constitucion. Primeramente debió de serle funesta la venalidad de los cargos mas elevados, que excluyendo al hombre digno, corrompia á los electores, y daba ocasion á que en una misma persona se acumulasen dignidades y facultades que importaba mantener separadas y como contrapeso ó limitacion unas de otras. Verdad es que en una república aristocrática, como era Cartago, los nobles, teniendo todos interes en conservar la constitucion interior, no trataban de destruirla, como hubieran podido; y no parece que hasta la época de las guerras con Roma se alterase en ella gran cosa el régimen, permaneciendo reverenciado el poder, y no inquietándose las facciones.

Esta peste de las repúblicas nació ó se desarrolló en la guerra de los mercenarios. La casa de Amilcar Barca, destinada á dar á su patria proporciones de gigante, y despues á conducirla á su perdicion, comenzó entónces sus rivalidades con Hannon, las cuales se exacerbaban de suerte, que con gran trabajo pudieron obtener treinta senadores que se apaciguasen en lo mas vivo del peligro, hasta que se calmara aquel desgraciado tumulto.

Luego que este hubo cesado, renacieron las contiendas, y Amilcar se dedicó á sostener al pueblo, rodeándose de gente perversa y turbulenta, con la cual y el crédito que le adquirieron las victorias, dió una sacudida al Senado, que con todo su poder se dedicó á contrariarlo. Viendo Barca que no era bastante fuerte para gobernar, aconsejó la guerra, en la cual era necesario su brazo; invadió la España, y con los tesoros que remitió desde allí justificó el consejo y el hecho y avivó el deseo de conquistar toda la Península, para compensar la pérdida de Cerdeña y Sicilia y los perjuicios que ocasionaba á Cartago la competencia en el Mediterráneo.

Sin embargo, así como la posesion de la América debia perder á España, del mismo modo la conquista de esta redundó en grave perjuicio de Cartago. Las inmensas riquezas que de allí sacaba, ademas de corromper á los nobles y al

(1) Véanse principalmente el lib. XXV, de los fragmentos de DIODORO, el I de APIANO, y HEEREN, *Idem*, etc.

pueblo, preparaban al general conquistador el medio de comprar á la plebe y al Senado, y de encaminar á su voluntad los negocios públicos. En los nueve años que residió Amilcar en España, sojuzgando la mayor parte del país, con los tesoros de este se mantuvo fuerte en su patria, y nadie hubiera podido impedirle derribar la constitucion, si la muerte no se hubiera opuesto á sus designios.

220. Siguió sus pasos Asdrubal, que fundó en España una nueva Cartago (*Cartagena*), desplegó régia pompa, se casó con la hija de un rey del país, y en todas sus operaciones dió muestras de que aspiraba á hacer de España un Estado independiente. Un asesino apartó de Cartago semejante peligro.

221. El partido de Hannon, que no queria que su patria se durmiese á la vista de un riesgo cada vez mayor, propuso que se llamara á juicio á los que habian sido seducidos por los donativos de Amilcar y de Asdrubal; y ya iban á nombrarse unos magistrados semejantes á los inquisidores de Estado de Venecia para descubrir las maquinaciones de los Barcas, cuando Anibal lo evitó astutamente solicitando el permiso para la expedicion contra Roma.

El pueblo, primero partidario de los Barcas y despues receloso de ellos, al ver sus asombrosas hazañas volvió á favorecerlos y á sostenerlos contra el Senado. Pero los negociantes ricos que por naturaleza repugnan la guerra, y los sabios que conocian el interes de la patria, se ponian de acuerdo para procurar que la expedicion á España y á Italia no llevase mas objeto que el logro de una paz noble y ventajosa con Roma. No era, pues, pura envidia la que instigaba á Hannon á oponerse á una guerra, cuyo único resultado debia ser el engrandecimiento de la casa de Barca. Pero la generosa obstinacion de Roma y los manejos del partido contrario impidieron siempre que se entrase en negociaciones, hasta que mal parada la causa cartaginesa, el desembarco de Escipion en África, los desastres de Magon, de Asdrubal y de Anibal entre los Pirineos y los Alpes, y en fin la derrota de Zama (1), destruyeron el poder de los Barcas, y dieron influencia á los consejeros de la paz.

202. No por eso dejaron de ser los Barcas la principal autoridad del Senado: Anibal, desde el mando de los ejércitos, pasó á ponerse al frente del gobierno, y lo reformó á su capricho, reduciendo las magistraturas de perpétuas que eran á anuales. Como el podar un árbol lo rejuvenece si aun tiene jugo, y lo mata si ya está decayendo, así las reformas aumentan la vitalidad de los Estados que son todavía capaces de vigorizarse, pero ocasionan doble mal á los que se hallan en su decadencia, porque trastornan las bases, aunque débiles, en que se apoyaban las instituciones, y excitan el descontento hasta tal punto, que cada cual teme mas que al enemigo comun al suyo particular. Esto se se verificó en

Refor-
ma de
Anibal.

(1) Véase mas arriba, pág. 701.